

Lee atentamente el siguiente fragmento de texto de *El ocaso de los ídolos*, de Friedrich Nietzsche, y responde a las siguientes preguntas.

Con Sócrates el gusto griego da un vuelco a favor de la dialéctica: ¿qué es lo que ocurre aquí propiamente? Ante todo, con esto queda vencido un gusto *aristocrático*; con la dialéctica la plebe se sitúa arriba. Antes de Sócrates la gente, en la buena sociedad, repudiaba los modales dialécticos: eran considerados como malos modales, comprometían a uno. A la juventud se la prevenía contra ellos. También se desconfiaba de toda exhibición semejante de las propias razones. Las cosas honestas, lo mismo que los hombres honestos, no llevan sus razones en la mano de ese modo. Es indecoroso mostrar los cinco dedos. Poco valioso es lo que necesita ser probado. En todo lugar donde la autoridad sigue formando parte de la buena costumbre y lo que se da no son «razones», sino órdenes, el dialéctico es una especie de payaso: la gente se ríe de él, no lo toma en serio. – Sócrates fue el payaso que se *hizo tomar en serio*: ¿qué ocurrió aquí propiamente? –

A la dialéctica se la elige tan sólo cuando no se tiene ningún otro medio. Se sabe que con ella se inspira desconfianza, que ella persuade poco. Nada es más fácil de borrar que el efecto de un dialéctico: la experiencia de toda reunión en que haya discursos lo prueba. La dialéctica sólo puede ser un *recurso obligado*, en manos de quienes no tienen ya otras armas. Es preciso tener que *lograr por la fuerza* el propio derecho: antes no se hace ningún uso de ella. Por eso fueron dialécticos los judíos; también lo fue el zorro Reinecke⁴⁸: ¿cómo?, ¿y también lo fue Sócrates? –

– ¿Es la ironía de Sócrates una expresión de rebeldía?, ¿de resentimiento plebeyo?, ¿disfrutó él, como oprimido, su propia ferocidad en las cuchilladas del silogismo?, ¿*toma venganza* de los aristócratas a los que fascina? – Si uno es un dialéctico tiene en la mano un instrumento implacable; con él puede hacer el papel de tirano; compromete a los demás al vencerlos. El dialéctico deja a su adversario la tarea de probar que no es un idiota: hace rabiar a los demás y al mismo tiempo los deja desamparados. El dialéctico vuelve impotente el intelecto de su adversario. – ¿Cómo?, ¿es la dialéctica en Sócrates tan sólo una forma de *venganza*?

Pregunta 1. Elabora una síntesis de las ideas principales y la estructura argumental del texto.

Pregunta 2. Elabora una comparación crítica del fragmento del texto de Nietzsche con una propuesta filosófica clásica.

Lee atentamente el siguiente fragmento de texto de *El ocaso de los ídolos*, de Friedrich Nietzsche, y responde a las siguientes preguntas.

¿Me pregunta usted qué cosas son idiosincrasia⁵¹ en los filósofos?... Por ejemplo, su falta de sentido histórico, su odio a la noción misma de devenir, su egipticismo⁵². Los filósofos creen otorgar un *honor* a una cosa cuando la deshistorizan, *sub specie aeterni* [desde la perspectiva de lo eterno], – cuando hacen de ella una momia. Todo lo que los filósofos han venido manejando desde hace milenios fueron momias conceptuales; de sus manos no salió vivo nada real. Matan, rellenan de paja, esos señores idólatras de los conceptos, cuando adoran, – se vuelven mortalmente peligrosos para todo, cuando adoran. La muerte, el cambio, la vejez, así como la procreación y el crecimiento son para ellos objeciones, – incluso refutaciones. Lo que es no *deviene*; lo que deviene no *es*... Ahora bien, todos ellos creen, incluso con desesperación, en lo que es. Mas como no pueden apoderarse de ello, buscan razones de por qué se les retiene. «Tiene que haber una ilusión, un engaño en el hecho de que no percibamos lo que es: ¿dónde se esconde el engañador? – «Lo tenemos, gritan dichosos, ¡es la sensibilidad! Estos sentidos, *que también en otros aspectos son tan inmorales*, nos engañan acerca del mundo *verdadero*. Moraleja: deshacerse del engaño de los sentidos, del devenir, de la historia [*Historie*], de la mentira, – la historia no es más que fe en los sentidos, fe en la mentira. Moraleja: decir no a todo lo que otorga fe a los sentidos, a todo el resto de la humanidad: todo él es “pueblo”. ¡Ser filósofo, ser momia, representar el monótono-teísmo⁵³ con una mímica de sepulturero! – ¡Y, sobre todo, fuera el *cuerpo*, esa lamentable *idée fixe* [idea fija] de los sentidos!, ¡sujeto a todos los errores de la lógica que existen, refutado, incluso imposible, aun cuando es lo bastante insolente para comportarse como si fuera real!...»

Pregunta 1. Elabora una síntesis de las ideas principales y la estructura argumental del texto.

Pregunta 2. Elabora una comparación crítica del fragmento del texto de Nietzsche con una propuesta filosófica clásica.

Lee atentamente el siguiente fragmento de texto de *El ocaso de los ídolos*, de Friedrich Nietzsche, y responde a las siguientes preguntas.

Pongo a un lado, con gran reverencia, el nombre de *Heraclito*⁵⁴. Mientras que el resto del pueblo de los filósofos rechazaba el testimonio de los sentidos porque éstos mostraban pluralidad y cambio, él rechazó su testimonio porque mostraban las cosas como si tuviesen duración y unidad. También Heraclito fue injusto con los sentidos. Éstos no mienten ni del modo como creen los eleatas ni del modo como creía él, – no mienten de ninguna manera. Lo que nosotros *hacemos* de su testimonio, eso es lo que introduce la mentira, por ejemplo la mentira de la unidad, la mentira de la coseidad, de la substancia, de la duración... La «razón» es la causa de que nosotros falseemos el testimonio de los sentidos. Mostrando el devenir, el perecer, el cambio, los sentidos no mienten ... Pero Heraclito tendrá eternamente razón al decir que el ser es una ficción vacía. El mundo «aparente» es el único: el «mundo verdadero» no es más que *un añadido mentiroso...*

Pregunta 1. Elabora una síntesis de las ideas principales y la estructura argumental del texto.

Pregunta 2. Elabora una comparación crítica del fragmento del texto de Nietzsche con una propuesta filosófica clásica.

Lee atentamente el siguiente fragmento de texto de *El ocaso de los ídolos*, de Friedrich Nietzsche, y responde a las siguientes preguntas.

La *otra* idiosincrasia de los filósofos no es menos peligrosa: consiste en confundir lo último y lo primero. Ponen al comienzo, *como* comienzo, lo que viene al final –¡por desgracia!, ¡pues no debería siquiera venir!–, los «conceptos supremos», es decir, los conceptos más generales, los más vacíos, el último humo de la realidad que se evapora. Una vez más esto es sólo expresión de su modo de venerar: a lo superior no le es *lícito* provenir de lo inferior, no le es *lícito* provenir de nada... Moraleja: todo lo que es de primer rango tiene que ser *causa sui* [causa de sí mismo]. El hecho de proceder de algo distinto es considerado como una objeción, como algo que pone en entredicho el valor. Todos los valores supremos son de primer rango, ninguno de los conceptos supremos, lo existente, lo incondicionado, lo bueno, lo verdadero, lo perfecto – ninguno de ellos puede haber devenido, por consiguiente *tiene que ser causa sui*⁵⁶. Mas ninguna de esas cosas puede ser tampoco desigual una de otra, no puede estar en contradicción consigo misma... Con esto tienen los filósofos su estupendo concepto «Dios»... Lo último, lo más tenue, lo más vacío es puesto como lo primero, como causa en sí, como *ens realissimum* [ente realísimo]... ¡Que la humanidad haya tenido que tomar en serio las dolencias cerebrales de unos enfermos tejedores de telarañas! – ¡Y lo ha pagado caro!...

Pregunta 1. Elabora una síntesis de las ideas principales y la estructura argumental del texto.

Pregunta 2. Elabora una comparación crítica del fragmento del texto de Nietzsche con una propuesta filosófica medieval.

Lee atentamente el siguiente fragmento de texto de *El ocaso de los ídolos*, de Friedrich Nietzsche, y responde a las siguientes preguntas.

– Contraponamos a esto, por fin, el modo tan distinto como *nosotros* (– digo nosotros por cortesía...) vemos el problema del error y de la apariencia. En otro tiempo se tomaba la modificación, el cambio, el devenir en general como prueba de apariencia, como signo de que ahí tiene que haber algo que nos induce a error. Hoy, a la inversa, en la exacta medida en que el prejuicio de la razón nos fuerza a asignar unidad, identidad, duración, substancia, causa, coseidad, ser, nos vemos en cierto modo cogidos en el error, *necesitados* al error; aun cuando, basándonos en una verificación rigurosa, dentro de nosotros estemos muy seguros *de que* es ahí donde está el error. Ocurre con esto lo mismo que con los movimientos de una gran constelación: aquí el error tiene como abogado permanente a nuestro ojo; allí, a nuestro *lenguaje*. Por su génesis el lenguaje pertenece a la época de la forma más rudimentaria de psicología: penetramos en un fetichismo grosero cuando cobramos consciencia de los presupuestos básicos de la metafísica del lenguaje, dicho con claridad⁵⁷: de la *razón*. *Ese fetichismo* ve en todas partes agentes y acciones: cree que la voluntad es la causa en general; cree en el «yo», cree que el yo es un ser, que el yo es una substancia, y *proyecta* sobre todas las cosas la creencia en la substancia-yo – así es como *crea* el concepto «cosa»... El ser es añadido con el pensamiento, es *introducido subrepticamente* en todas partes como causa; del concepto «yo» es del que se sigue, como derivado, el concepto «ser»... Al comienzo está ese error grande y funesto de que la voluntad es algo que *causa efectos*, – de que la voluntad es una *facultad*... Hoy sabemos que no es más que una palabra⁵⁸... Mucho más tarde, en un mundo mil veces más ilustrado, llegó a la consciencia de los filósofos, para su sorpresa, la *seguridad*, la *certeza* subjetiva en el manejo de las categorías de la razón: ellos sacaron la conclusión de que esas categorías no podían proceder de la empiria, – la empiria entera, decían, está, en efecto, en contradicción con ellas. *¿De dónde proceden, pues?* – Y tanto en India como en Grecia se cometió el mismo error: «nosotros tenemos que haber habitado ya alguna vez en un mundo más alto (– en lugar de en un mundo mucho más bajo: ¡lo cual habría sido la verdad!), nosotros tenemos que haber sido divinos, ¡*pues* poseemos la razón!». De hecho, hasta ahora nada ha tenido una fuerza persuasiva más ingenua que el error acerca del ser, tal como fue formulado, por ejemplo, por los eleatas: ¡ese error tiene en favor suyo, en efecto, cada palabra, cada frase que nosotros pronunciamos! – También los adversarios de los eleatas sucumbieron a la seducción de su concepto de ser: entre otros Demócrito, cuando inventó su *átomo*... La «razón» en el lenguaje: ¡oh, qué vieja hembra engañadora! Temo que no vamos a desembarazarnos de Dios porque continuamos creyendo en la gramática⁵⁹...

Pregunta 1. Elabora una síntesis de las ideas principales y la estructura argumental del texto.

Pregunta 2. Elabora una comparación crítica del fragmento del texto de Nietzsche con una propuesta filosófica clásica.

Lee atentamente el siguiente fragmento de texto de *El ocaso de los ídolos*, de Friedrich Nietzsche, y responde a las siguientes preguntas.

Primera tesis. Las razones por las que «este» mundo ha sido calificado de aparente fundamentan, antes bien, su realidad, – otra especie distinta de realidad es absolutamente indemostrable.

Segunda tesis. Los signos distintivos que han sido asignados al «ser verdadero» de las cosas son los signos distintivos del no-ser, de la *nada*, – poniéndolo en contradicción con el mundo real es como se ha construido el «mundo verdadero»: un mundo aparente de hecho, en cuanto es meramente una ilusión *óptico-moral*.

Tercera tesis. Inventar fábulas acerca de «otro» mundo distinto de éste no tiene sentido, presuponiendo que en nosotros no domine un instinto de calumnia, de empequeñecimiento, de recelo frente a la vida: en este último caso tomamos *venganza* de la vida con la fantasmagoría de «otra» vida distinta de ésta, «mejor» que ésta.

Cuarta tesis. Dividir el mundo en un mundo «verdadero» y en un mundo «aparente», ya sea al modo del cristianismo, ya sea al modo de Kant (en última instancia, un cristiano *alevoso*), es únicamente una sugestión de la *décadence*, – un síntoma de vida *descendente*... El hecho de que el artista estime más la apariencia que la realidad no constituye una objeción contra esta tesis. Pues «la apariencia» significa aquí la realidad *una vez más*, sólo que seleccionada, reforzada, corregida... El artista trágico *no* es un pesimista, – dice precisamente *sí* incluso a todo lo problemático y terrible, es *dionisiaco*⁶⁰...

Pregunta 1. Elabora una síntesis de las ideas principales y la estructura argumental del texto.

Pregunta 2. Elabora una comparación crítica del fragmento del texto de Nietzsche con una propuesta filosófica clásica.

Lee atentamente el siguiente fragmento de texto de *El ocaso de los ídolos*, de Friedrich Nietzsche, y responde a las siguientes preguntas.

1. El mundo verdadero, asequible al sabio, al piadoso, al virtuoso, – él vive en ese mundo, *es ese mundo*.
(La forma más antigua de la Idea⁶², relativamente inteligente, simple, convincente. Transcripción de la tesis «yo, Platón, soy la verdad».)
2. El mundo verdadero, inasequible por ahora, pero prometido al sabio, al piadoso, al virtuoso («al pecador que hace penitencia»)
(Progreso de la Idea: ésta se vuelve más sutil, más capciosa, más inaprensible, – *se convierte en una mujer, se hace cristiana...*)
3. El mundo verdadero, inasequible, indemostrable, imprometible, pero, ya en cuanto pensado, un consuelo, una obligación, un imperativo.
(En el fondo, el viejo Sol, pero visto a través de la niebla y el escepticismo; la Idea, sublimizada, pálida, nórdica, königsberguense⁶³.)
4. El mundo verdadero – ¿inasequible? En todo caso, inalcanzado. Y en cuanto inalcanzado, también *desconocido*. Por consiguiente, tampoco consolador, redentor, obligante: ¿a qué podría obligarnos algo desconocido?...
(Mañana gris. Primer bostezo de la razón. Canto del gallo del positivismo.)
5. El «mundo verdadero» – una Idea que ya no sirve para nada, que ya ni siquiera obliga, – una Idea que se ha vuelto inútil, superflua, *por consiguiente* una Idea refutada: ¡eliminémosla!
(Día claro; desayuno; retorno del *bon sens* [buen sentido] y de la jovialidad; rubor avergonzado de Platón; ruido endiablado de todos los espíritus libres.)
6. Hemos eliminado el mundo verdadero: ¿qué mundo ha quedado?, ¿acaso el aparente?... ¡No!, ¡*al eliminar el mundo verdadero hemos eliminado también el aparente!*
(Mediodía, instante de la sombra más corta; final del error más largo; punto culminante de la humanidad; INCIPIT ZARATHUSTRA⁶⁴ [comienza Zarathustra].)

Pregunta 1. Elabora una síntesis de las ideas principales y la estructura argumental del texto.

Pregunta 2. Elabora una comparación crítica del fragmento del texto de Nietzsche con una propuesta filosófica clásica o medieval.

Lee atentamente el siguiente fragmento de texto de *El ocaso de los ídolos*, de Friedrich Nietzsche, y responde a las siguientes preguntas.

Error de una causalidad falsa. – En todo tiempo se ha creído saber qué es una causa: mas ¿de dónde sacábamos nosotros nuestro saber, o, más exactamente, nuestra creencia de tener ese saber? Del ámbito de los famosos «hechos internos», ninguno de los cuales ha demostrado hasta ahora ser un hecho. Creíamos que en el acto de la voluntad nosotros mismos éramos causas; opinábamos que al menos aquí *sorprendíamos en el acto* a la causalidad. De igual modo, tampoco se ponía en duda que todos los *antecedentia* [antecedentes] de una acción, sus causas, había que buscarlos en la consciencia y que en ella los hallaríamos de nuevo si los buscábamos – como «motivos»: de lo contrario, en efecto, no habríamos sido libres *para* realizar la acción, responsables *de* ella. Finalmente, ¿quién habría discutido que un pensamiento es causado?, ¿que el yo causa el pensamiento?... De estos tres «hechos internos», con los que la causalidad parecía quedar garantizada, el primero y más convincente es el de la *voluntad como causa*; la concepción de una consciencia («espíritu») como causa y, más tarde, también la del yo (el «sujeto») como causa nacieron simplemente después de que la voluntad hubiera establecido ya la causalidad como dada, como una *empiria*... Entretanto hemos pensado mejor las cosas. Hoy no creemos ya una sola palabra de todo aquello. El «mundo interno» está lleno de fantasmas y de fuegos fatuos: la voluntad es uno de ellos. La voluntad no mueve ya nada, por consiguiente tampoco aclara ya nada – simplemente acompaña a los procesos, también puede faltar. El llamado «motivo»: otro error. Simplemente un fenómeno superficial de la consciencia, un accesorio del acto, que más bien encubre que representa los *antecedentia* de éste. ¡Y nada digamos del yo! Se ha convertido en una fábula, en una ficción, en un juego de palabras: ¡ha dejado totalmente de pensar, de sentir y de querer! ... ¿Qué se sigue de ahí? ¡No existen en modo alguno causas espirituales! ¡Toda la presunta empiria de ellas se ha ido al diablo! ¡Esto es lo que se sigue de ahí! – y nosotros habíamos abusado gentilmente de aquella «empiria», habíamos *creado*, basándonos en ella, el mundo como un mundo de causas, como un mundo de voluntad, como un mundo de espíritus.

Pregunta 1. Elabora una síntesis de las ideas principales y la estructura argumental del texto.

Pregunta 2. Elabora una comparación crítica del fragmento del texto de Nietzsche con una propuesta filosófica moderna.